

pensamiento. En la sombra, ya espesa, que le rodeaba, el sacerdote leyó :

Viendo en estas palabras una orden que le dirigia su divino maestro, el padre Daniel se inclinó ante la voluntad celestial y dijo con fe sincera :

— ¡ Dios mío, hágase tu santa voluntad !

Y a través del cementerio, completamente oscuro, en el que los melancólicos buhos hacían oír su grito nocturno, volvió á entrar en su casa.

V

El enlace del señor Lefrançois y de la hermosa Florencia no dió al principio al banquero toda la satisfacción que tenía derecho á esperar á cambio de su dinero. La hija de Guepín, un poco envane-cida con sus repentinas prosperidades, concibió una alta idea de sí misma y las adoraciones un poco exageradas de su marido acabaron de hacer de ella la más infatuada persona que hubiera podido hallarse en veinte leguas á la redonda. La clase media rica de Beaumont, muy predispuesta á criticar el matrimonio del banquero con una joven de tan baja extracción, resultó justamente irritada por el aspecto de triunfo de la señora de Lefrançois. Un poco de modestia hubiera valido á Florencia la benevolencia de una sociedad que no habría tenido razón alguna para rechazar á la hija de Guepín si ésta hubiera sabido atenerse á su

puesto. La juventud no hubiera desdeñado una casa abierta para sus diversiones y, con tal de frecuentarla, todo el mundo hubiera pasado por alto la mala forma del marido y el humilde origen de la mujer. Pero cuando las familias antiguas de Beaumont vieron al nuevo matrimonio darse aires de dominación, se manifestó una oposición muy terminante contra esas pretensiones y los señores de Lefrançois pudieron observar que se les ponía mala cara.

— Son envidiosos, dijo el banquero á su mujer, que no me pueden ver porque soy más rico que ellos...

— Son unas necias, dijo á su vez Florencia, que rabian porque soy más joven que ellas...

No añadió : « Y más bonita » pero lo pensó y también su marido. Lefrançois estaba cada día más enamorado de ella y se sentía dispuesto á hacer frente á todo Beaumont por los bellos ojos de la encantadora rubia que le había embrujado hasta el punto de llevarle á la vicaría. El imperio que había tomado sobre él era tan grande, que el banquero no sentía haber perdido su libertad. Por vez primera en su vida no suspiraba después de haber hecho una compra al pensar que había dado algo en cambio de la mercancía.

Acogidos friamente por la sociedad, no hicieron esfuerzo alguno para desarmar las prevenciones.

Se encerraron en su casa y gozaron de la fortuna más grande del país en el hotel más hermoso de la ciudad. Recibían á los amigos particulares del señor Lefrançois, casi todos comerciantes y entre los cuales predominaban los solteros. Las comidas que daban adquirieron pronto fama, pues se bebían en ellas vinos escogidos y se comían manjares exquisitos. Lefrançois era muy glotón y su mujer le halagaba esa manía con altas disposiciones de ama de casa. Al año, estaba el banquero tan entusiasmado por la capacidad administrativa de Florencia, que la dejó gobernar la casa como quiso y pagó el gasto sin comprobarlo, lo que tratándose de un hombre tan desconfiado era una prueba de estimación extraordinaria que jamás había dado á nadie, ni á su mismo padre.

Tomó la costumbre de consultar en todo á su mujer. Por la mañana iba á sentarse en su cuarto tocador mientras Florencia se vestía, y gozando del espectáculo de aquella hermosa criatura que iba y venía en peinador, se ataba el corsé y pasaba por delante de él en pantalón bordado y en enaguas de seda, Lefrançois le contaba sus negocios, le explicaba sus operaciones, le pedía consejo y quedaba siempre sorprendido por su juicio rápido y seguro. Casi sin reflexionar y como por una intuición repentina, contestaba : « No, no hagas eso » ó « creo que harás bien en obrar de este modo, »

é invariablemente el resultado demostraba la exactitud de su apreciación. Lefrançois le preguntaba al principio :

— Pero ¿por qué me respondes eso? ¿Qué motivo tienes para rechazar tal especulación y recomendar la otra?

Y ella contestaba francamente :

— Me es imposible explicarlo. Veo que una cosa es ventajosa ó que es desfavorable, sin saber por qué. Es una impresión.

Lefrançois era demasiado inteligente para suponer que su mujer recibía inspiraciones del cielo y creyó sencillamente que estaba dotada de un perfecto buen sentido y de un admirable instinto para los negocios, á cuya solución más conveniente llegaba sin esfuerzo y como la cosa más natural. El banquero aprovechó tan feliz disposición, pues no era hombre que dejase perder nada y teniendo en casa tan buen consejero hubiera sido locura el no consultarle. Florencia, pues, llegó á ser en cierto modo una especie de socio de Lefrançois, sobre cuyo espíritu adquirió un ascendiente que nada podía debilitar.

De este modo la hermosa rubia pudo engañarle sin molestia y sin miedo. Porque si la hija de Guepín se mostró ama de casa incomparable y mujer de negocios superior, dió en cambio á su marido algunos rivales que, si hubieran sido cono-

cidos como tales por él, hubieran podido darle datos imprevistos sobre las causas de la buena suerte que le proporcionaba su mujer. No se casa nadie á los cuarenta y cinco años con la muchacha más guapa de la provincia sin correr ciertos riesgos. Lefrançois, además, no había sido nunca bello ni gracioso y era ya viejo, al menos comparado con una joven de diez y siete años, y su pasión tardía le hacía ser más exigente que agradable.

Durante más de dos años, sin embargo, fué el único dueño y el solo usufructuario de aquella encantadora Florencia á quien el matrimonio había probado á las mil maravillas y que se desarrollaba con la robustez sabrosa de una hermosa y aterciopelada fruta. Pero al fin del segundo año y en los primeros días del invierno Lefrançois cometió la imprudencia de llevar á su casa al vizconde de Sasseval, que trataba de tomar prestada una fuerte suma sobre sus tierras de Hermes, y el apuesto joven obtuvo algo más en la casa que un préstamo de dinero.

Eso sí, la hermosa y desenvuelta señora de Lefrançois se arregló de modo de no infundir la más leve sospecha en Beaumont. Tenía París á mano y el ferrocarril proporcionaba todos los encuentros que podía desear un amor correspondido. Todas las semanas tenía que hacer compras, y el almacén del Louvre y el hotel del mismo nom-

bre se dividían las horas que Florencia hurtaba á la astucia de Lefrançois, por el que casi siempre se hacía acompañar á París.

Llevó la audacia y la precaución hasta no querer ponerse en camino sin que su marido estuviese con ella, y el banquero tenía el trabajo de llevarla á su casa por la noche, rendida de cansancio, quebrantada de amor y achacando su fatiga á las marchas forzadas por los almaeenes. La joven era diestra, pero sus amantes no fueron discretos y por sus habladurías se pudo formar la lista, no muy larga, pues era enamorada y no cambiadiza, de los que gozaron de sus favores. Se le conocieron tres, que todos valían la pena pues eran hermosos jóvenes y galanes atrevidos. Hubo uno dudoso y que solamente los muy malévolos cargaron en cuenta á la señora de Lefrançois, pero los indiferentes se contentaban con sonreír, diciendo que no había para qué exagerar. Lo cierto era que Florencia salvaba bien las apariencias y que jamás persona alguna sorprendió el más pequeño detalle que pudiera servir de prueba de su mala conducta.

Hacia cinco años que estaba casada cuando Lefrançois tuvo por primera vez alguna sospecha y cierta inquietud. Guepín, en cuanto estableció á su hija, como él decía, vendió la tienda al primer oficial y se marchó á Orcimont á vigilar los intereses de su yerno. Habitaba allí una especie de

pabellón á la vista de la finca y allí vivía como una especie de guarda mayor con una escopeta al hombro y pasando la mayor parte de su tiempo en casa del posadero, con el que hacía interminables partidas de cartas, amenizadas con frecuentes libaciones.

Como su yerno le había prohibido formalmente que fuese á Beaumont, era Florencia la que iba á verle de vez en cuando para asegurarse del estado de salud de su padre y, sobre todo, para averiguar qué hacía de su tiempo. El carpintero, los días en que su hija iba á visitarle, se ponía la ropa nueva y no bebía más que agua con un poco de vino en el almuerzo para estar en sus cinco sentidos, porque tenía un miedo cerval á su hija que no se mordía la lengua para echarle severas reprimendas. Florencia pasaba habitualmente algunas horas con su padre y volvía á comer á Beaumont. Guepín la acompañaba á la estación, la dejaba instalada en el compartimiento y con la alegría de un chico de la escuela que se libra del inspector, se volvía á la posada, donde le estaba esperando su compañero.

Un día de otoño en que Florencia estuvo en Orcimont, el tiempo se metió en agua y la joven hizo volver á su padre y dejarla en la estación antes de que llegase el tren. Florencia se sentó en la sala de espera, al lado de un mal encendido

fuego de cok y se quedó pensativa, mientras un viajero elegante y de muy buen aspecto entró en la sala, dió una vuelta, se aproximó á la chimenea, menos para calentarse que para examinar aquella mujer, y después de echar á la joven una mirada de inteligente apreciación, se apoyó en la pared y se puso á mirar la vía á través de los polvorientos cristales de la puerta.

Era difícil reconocer á la señora de Lefrançois á causa de la oscuridad y del velo que le cubría la cara. El viajero, sin embargo, había apreciado fácilmente la elegancia de la desconocida, la juventud de su cara y ese conjunto cuidado y exquisito que desde la punta de las botas hasta las flores del sombrero denuncia á la mujer coqueta y deseosa de agradar. Florencia, inmóvil en su butaca y enmascarada con el velo, veía muy claro y había conocido perfectamente al viajero, que no era otro que Bernardo Letourneur, el amigo de Pablo Daniel, que venía de su posesión de la Varenne, donde vivía todo el año, é iba á París para negocios.

Contenta con encontrar, al cabo de cinco años, al que había intervenido de un modo tan casual en su historia amorosa con el profesor de filosofía, Florencia observaba á Bernardo, sin dejar de aparentar indiferencia y le encontraba agradable presencia, con su alta estatura, su cara

rosada, su hermosa barba castaña y su aire alegre y dichoso. Veía muy bien que el joven le dirigía miradas significativas, mientras aparentaba mirar las maniobras de los mozos de la estación, y se divertía con su incertidumbre. Bernardo por su parte daba vueltas á sus recuerdos buscando quién podría ser aquella mujer á la que estaba seguro de haber visto en otra parte. Pero ¿dónde?, pensaba, ¿cómo reconocer á una mujer en esa vaga forma, enterrada bajo ese sombrero y hundida en esa bucata? ¡Eso es un montón de seda y de paño! ¿Será alta ó baja? De fijo es bonita, pero ¿tendrá buenos dientes, hermosos ojos, talle elegante? ¡Misterio! En cuanto se levante veremos todo eso.

El empleado abrió la puerta del andén y dijo:

— ¡Viajeros para Beaumont y la línea!

Bernardo salió lentamente y fingió mirar con mucha atención hacia el lado opuesto al de la llegada del tren. Dejó así que pasase la viajera y pudo examinarla á su gusto. La joven no parecía fijarse en él y Bernardo, picado en la curiosidad, se propuso no abandonar su observación. El tren acababa de detenerse. El joven pasó una rápida revista á los coches y al llegar al que estaba más próximo á la desconocida, abrió la portezuela, se quitó el sombrero y le cedió el paso con graciosa galantería.

Florencia hizo una ligera inclinación de cabeza,

subió, ayudada por Bernardo, y se instaló en un rincón. Cuando el tren se puso en marcha no habían cambiado ni una palabra. Estaban el uno enfrente del otro y Bernardo podía distinguir perfectamente la cara de la viajera, iluminada por la viva luz que entraba por la ventanilla. Poco á poco aquellas facciones evocaron en él la imagen de una muchacha, en un jardín, y al lado de la cual su amigo Pablo se moría de amor. Se representó en seguida en su imaginación la casita, la anciana con la que había estado en conversación y la bonita rubia que estaba á punto de faltar á sus juramentos para casarse con un príncipe. Sí, era la hija de Guepín la que tenía delante, pero enormemente transformada desde que se había convertido en princesa bajo el nombre de señora de Lefrançois, y más hermosa, más elegante, y más orgullosamente altanera de lo que Bernardo podía imaginar después de su corta entrevista con ella. El joven se levantó y dijo aproximándose con sonriente política.

— Ruego á usted que me dispense, señora, por no haberla saludado hace un momento al entrar en la sala de espera, pero estaba aquello medio á oscuras y acabo de reconocer á usted en este momento.

Florencia adoptó un aire de coquetería y dijo :

— Está usted completamente dispensado, ca-

ballero. Estaba observando que trataba usted de averiguar quién era yo, pero, francamente, no podía adelantarme á sacarle de dudas. Veo, sin embargo, que tiene usted buena memoria, porque creo que no llegó á un cuarto de hora el tiempo que estuvimos juntos....

— No hacía falta más para no olvidar á usted nunca.

— Diga usted más bien que las circunstancias eran un poco novelescas y eso le ha hecho guardar el recuerdo de una joven sencilla y obediente, que no tuvo en aquel asunto ninguna iniciativa y se limitó á seguir las indicaciones de su padre.

Florencia fingía inocencia con el amigo de Pablo, lo que indicaba claramente que suponía en él una impresión penosa por aquel brusco abandono del pobre por el rico. Bernardo contestó muy despacio :

— Cualquiera que fuera la causa de aquel cambio, fué muy doloroso para el pobre muchacho.

Florencia respondió en tono de compasión :

— Me lo dijeron y eso me afligió en extremo porque tenía por él mucha estimación y gran simpatía. Pero, ¿ qué puede una muchacha de diez y siete años contra todos los que la rodean? Cedió, compadeciendo con toda mi alma al que era víctima inocente de aquellas variaciones.

Hubo un momento de silencio, hasta que Florencia añadió :

— ¿Y qué ha sido de aquel desdichado Daniel ?

Esta pregunta fué hecha con tal acento de indiferente desdén, que Bernardo se conmovió. Movi6 la cabeza y contest6 en tono algo zumb6n :

— Se ha hecho cura, creyendo que despu6s de haber perdido el afecto de una persona tan hermosa, tan constante y tan buena, no había para 6l m6s recurso que Dios.

— Es usted cruel, caballero, contest6 Florencia con voz temblorosa; pero usted cree que debe vengar 6 su amigo y le perdono....

— ¡Oh! señora, se equivoca usted. No pienso en vengar 6 Daniel.... Adem6s si 6l estuviese aquí me lo prohibiría. Tiene un alma demasiado noble y un espíritu demasiado elevado para descender 6 bajas venganzas. Ahora veo que no le conoce usted y por eso le despreci6. Si hubiera usted podido sospechar los sentimientos tiernos y apasionados de su coraz6n y los pensamientos elevados y generosos de su mente, hubiera resistido 6 su padre y se hubiera evitado la desdicha de ser la mujer del señor Lefrançois.

Florencia interrumpió 6 Bernardo diciendo con sonrisa burlona :

— ¿Tanto me compadece usted ?

— 6 decir verdad, señora, creo que si no tiene

usted algunas compensaciones, su vida no debe ser deliciosa todos los días... Conozco al señor Lefrançois con el que tuve algunos negocios cuando yo era joven, y no me dej6 un recuerdo muy agradable.

— Ha ganado mucho desde que es mi marido. Bernardo se ech6 6 reír.

— ¡Ganaba mucho tambi6n antes !

— ¡Oh! No hablo de dinero.... Ya sé que sus negocios eran buenos... y siguen siéndolo.... Quiero decir que es m6s sociable, m6s atrayente....

— No dudo que la influencia de usted le habrá aprovechado.... ¡Falta le hacía! Era un oso de los m6s agrestes.... ¿Quién podía pensar que se casaría ?

— Hizo cuanto pudo para ello, porque puedo asegurar 6 usted que no fuí yo quien le invit6.

— ¿Y no lo siente usted hoy ?

— No siento m6s que la pena que causé 6 quien usted sabe. Pero este es un daño irreparable.

— Completamente. Y si quiere usted saber mi opini6n, le diré que est6 usted absolutamente olvidada por 6l.

— Así sea, dijo en tono alegre Florencia. Entonces, si 6 usted le parece, hablemos de otra cosa.

Se pusieron 6 charlar con la m6s perfecta tranquilidad, sin la m6s ligera sombra de violencia y muy satisfechos por haberse encontrado. Ber-

nardo pensaba : « He aquí una mujercita que no ha perdido nada desde que se ha casado y que es verdaderamente lastimoso ver unida á ese viejo de Lefrançois. Si se presentase la ocasión de vengar al pobre Daniel y de pagar al otro malvado con su misma moneda, sería muy justo aprovecharla y también muy agradable, porque, realmente, la individua es encantadora. » Florencia, por su parte, se decía : « ¡ Ah ! señor Letourneur, ¿ se permite usted conocerme y remover sin empacho los restos de un pasado que me es desagradable? Ya me las pagará usted, amiguito. Yo le enseñaré que el primer deber de un hombre es no hablar á las mujeres de lo que puede desagradarlas y el segundo no creer que se las puede olvidar cuando se las ha amado. » Cuando llegaron á Beaumont, Letourneur preguntó :

— ¿ Viaja usted á menudo por esta línea, señora? ¿ Tendré el gusto de volverla á encontrar?

Florencia le miró de alto á bajo y respondió en tono seco :

— Cuando se me quiere ver, se va á mi casa.

Bernardo sonrió y se inclinó.

— Gracias, señora, por permitírmelo. No me atrevía á solicitarlo.

Esta vez, Florencia le miró de reojo y añadió :

— Será preciso también que lo permita mi marido.

Llegaron á la estación. Bernardo ayudó á Florencia á bajar del tren, se quitó ceremoniosamente el sombrero y la dejó alejarse sin acompañarla. El joven salió más despacio, pensando : « ¡ Diab! Me parece que este asunto no va por buen camino y que no debe ser cómodo jugar con esta hermosa rubia. La chica de Guepín ha tomado un aire asombroso de seguridad. ¡ Qué tono! No hubiera hablado de otro modo si hubiera sido una reina. ¡ Imponerme, para tener derecho á dirigirle sonrisas, que vaya á pordiosear á ese tunante que me prestaba dinero al veinticinco por ciento cuando yo era muchacho! ¡ Pardiez! ¡ No, eso sería muy caro! ¡ Siempre la usura, hasta en las relaciones sociales! ¡ Se le han pegado las malas mañas de su marido! Á ese precio, no quiero galanterías. »

Al alejarse con paso ligero, la señora de Lefrançois, un poco agitada, no juzgaba á Bernardo mucho más benévolamente. Le acusaba de impertinencia intencionada y de familiaridad inoportuna. Fuera de la presencia de aquel buen mozo, cuya sonriente y espléndida juventud influía favorablemente sobre ella, recobró su acierto en la apreciación y se dió cuenta de todo el atrevimiento de su lenguaje. ¿ Porque la había conocido en otro tiempo modesta y sencilla creía que la podía tratar como á una cualquiera? Ella le haría

ver la diferencia que existía entre la hija de Guepín y la mujer de Lefrançois.

Muy encolerizada, subió al coche para ir á su casa. Lo que tenía más que nada el don de hacerla montar en cólera era que no se la tomase en serio. Había sufrido demasiado, hacía cinco años, con el desdén y con la ironía de la gente de Beaumont para consentir que se tomasen con ella aires de broma. Ya en frío y á solas consigo misma, sentía por aquel hermoso Bernardo un odio feroz y le hubiera hecho toda clase de daños de muy buena voluntad. Se proponía usar con él de las más refinadas coqueterías á fin de inflamarle á su sabor y dejarle después enfriarse lentamente por el desprecio más cruel. No dudaba ni un momento que aquel insolente personaje se presentaría sin tardanza para cortejarla, y no se preocupaba por los medios que emplearía para acercarse á ella y ganar la intimidad de su marido.

Sabía muy bien que los hombres no encuentran nunca dificultades para acercarse á la mujer que desean y creía á Bernardo bastante audaz para que fuese preciso ayudarle en sus tentativas. Estaba, pues, resuelta á esperarle á pie firme y á prodigarle al principio todas sus gracias y después todos sus desdenes, para despedirle en completa derrota y bien enterado del cuidado que había que tener con la señora de Lefrançois.

La perspectiva de una victoria completa sobre aquel insolente la calmó y volvió á su casa con la sonrisa en los labios. En la comida contó su viaje á su marido y mencionó atrevidamente su encuentro con Letourneur. El banquero habló de Bernardo como hombre considerado y deferente y se guardó bien de decir que el joven había recurrido á su caja á consecuencia de partidas desgraciadas en el círculo. Florencia afectó una altanera indiferencia cuya injusticia trató en vano de demostrarle su marido. Nunca habían existido relaciones entre el joven y el banquero, ni éste suponía que pudieran entablarse; ¿para qué, entonces, desdenar á una persona á quien no había de encontrar sino de tarde en tarde y por casualidad? La ciudad estaba llena de otros jóvenes semejantes, de los que no había para qué ocuparse. Era sabido lo que valían y que bastaba dar un baile ó una comida para hacer presentarse en el hotel á todos aquellos desdeñosos, pues con unos cuantos violines y un buen cocinero se podía conquistar el mundo.

Á Florencia le agradaba todo lo que fuera hablar de conquistas y dominaciones, como naturalmente tiránica que era, y á Lefrançois no le costó trabajo calmarla. Pero cuando al cabo de una semana observó la joven que Letourneur no daba señales de vida, su mal humor reapareció, sin que

esta vez pudiera explicarse sus causas, verdaderamente difíciles de definir. Lo que dominaba en su espíritu era que Bernardo había estado insolente con ella y no había pagado su falta y que, por consecuencia, la desafiaba. Florencia atribuía esta rebelión á altanería de carácter y al deseo de vengar el infortunio de Daniel, y por una extraña asociación de ideas se irritaba contra aquel á quien había hecho tanto mal, al mismo tiempo que contra el que creía que la había ofendido.

Pero sus agitaciones no tuvieron satisfacción alguna, pues no se presentó ocasión de calmarlas. Bernardo había desaparecido y había grandes probabilidades para que la señora de Lefrançois no volviese á oír hablar de él, si no buscaba una ocasión de encontrarle. Aun esto no era fácil, pues el joven no habitaba la ciudad y no iba á ella más que por casualidad y nunca en día fijo. Florencia, sin embargo, en la inacción perezosa de su vida, empezaba á pensar que era preciso dar el primer paso para meter en cintura á aquel rebelde, y se preguntaba cómo habría de arreglarse para provocar la casualidad que los pusiera de nuevo en contacto.

Hacía próximamente seis semanas del encuentro de Florencia con Bernardo y éste la tenía tan olvidada como si jamás hubiera existido, cuando una mañana en que el joven estaba cazando en su

bosque de la Varenne cerca del límite de Orcimont, en lugar de dirigirse hacia su casa á campotraviesa, tuvo el capricho de tomar por el camino. Iba á buen paso, seguido por su perro y sin escopeta ni morral, pues se los había dado al guarda que le acompañaba, cuando al pasar por un cercado que dependía de la posesión de Lefrançois, vió que se abría la valla y que avanzaba hacia él, sonriéndole, un hombre con aspecto de jardinero. El joven se detuvo y el perro empezó á gruñir y á enseñar los dientes con expresión feroz.

— ¡Eh! gritó el viejo. ¿Es malo ese perro? Cuidado con mis pantorrillas, caballero, porque no tengo otras....

— No tenga usted miedo; no muerde. ¡Quieto, Gun, que no estamos en nuestra casa. ¿Qué se le ofrece á usted, amigo?

— Á mí, nada. Pero á una señora que está allí se le ofrece algo....

— ¿Qué señora?

— ¡Pardiez! Venga usted á verlo, sin tantos remilgos. Esté usted tranquilo; es como este perro; no muerde.

Bernardo se dejó conducir al cercado, donde vió á la señora de Lefrançois, que estaba al lado de una estufa cogiendo flores con sus manos delicadas y haciendo un magnífico ramillete. Flo-

rencia miró al joven con sonriente tranquilidad y dijo :

— Señor Letourneur, me parece que es precisa mucha diplomacia para conseguir que venga usted á darme los buenos días.

— ¡Ah! señora, respondió Bernardo, ¿quién iba á suponer que estaba usted ahí?

— Tiene usted mil razones. Por eso he enviado á mi padre para advertírselo.

Bernardo volvió la vista hacia el que había tomado por un jardinero y dijo, saludándole con afectación :

— ¡Ah! ¿El señor es su padre?... Tanto gusto, señor Guepín, en conocerle.

— Gracias, señor Letourneur. Hace mucho tiempo que nos encontramos por aquí; porque yo vivo en el país, como usted. Administro la posesión de mi yerno y me dedico un poco á la horticultura.... ¿Ve usted esas orquídeas que tiene en la mano mi hija? Pues yo las cultivo.... Hay que distraerse.... Cuando se ha trabajado toda la vida, la ociosidad aburre.

Era enteramente inútil que Guepín redondease los períodos y desarrollase su filosofía. Bernardo no le escuchaba y miraba á Florencia, que nunca había estado más linda. Un traje de lana azul muy sencillo, pero muy bien cortado, daba realce á su precioso talle y su cabeza estaba cubierta por un

gran sombrero negro que daba un brillo fascinador á sus blondos cabellos y á sus magníficos ojos. Echó á andar por los estrechos senderos de la estufa, entre el suave verdor de las plantas, sin parecer preocuparse de saber si Bernardo la seguía, tan segura estaba de ello. Sin volverse, le veía detrás de ella, asombrado, turbado, medio conquistado y no deseando más que un pretexto para capitular. Florencia estaba resuelta á no proporcionarle ese pretexto, pues quería obligarle á reparar sus yerros y deseaba darse el placer de triunfar de las resistencias un poco desdeñosas que había manifestado.

De este modo llegaron á una plazoleta rodeada de flores y oculta por anchas hojas de latanero, en medio de la cual había algunas sillas de jardín, un banco y una mesa. Florencia dejó el ramo y se sentó. Guepín había desaparecido y Bernardo se encontró solo con la hermosa rubia. La conocía, sin embargo, y sabía que era peligrosa, pero la joven estaba aquel día muy seductora, él era soltero y nada tenía que temer, y confió en su conocimiento de las mujeres, seguro de que no le haría ir más que hasta donde él quisiera. Se sentó, pues, al lado de Florencia en la tibia atmósfera de la estufa y mientras ella deshojaba con descuido una olorosa flor, Bernardo cogió las orejas del perro que estaba echado al lado suyo.

— ¿Sabe usted que no es nada amable? dijo la señora de Lefrançois al cabo de un instante. No se anuncia una visita cuando no se está resuelto á hacerla. Se la había anunciado á mi marido, al contarle nuestro encuentro, y puede usted figurarse si estará asombrado al no verle aparecer.

— ¿Qué dice el señor Lefrançois?

— Dice lo que diría el más indulgente: que está usted muy mal educado.

— ¿Tan mala opinión tiene de mí? Ahí tiene usted una cosa muy triste. ¿Y usted, señora, es usted tan severa que confirme la sentencia? Si es así, no le oculto que será tal mi pena que me será difícil soportarla.

— ¡Vamos! No diga usted tonterías; hable seriamente, si puede, y trate de dar una explicación aceptable á su conducta.

— No me costará trabajo encontrarla. Me basta con decir la verdad. Desde que tuve el placer de encontrar á usted no he salido de mi casa.

— ¡Bueno! ¡Vaya una impertinencia bien buscada! Ha podido usted salir expresamente, lo que no hubiera sido más que el minimum de lo que se debiera esperar de su cortesía.

Bernardo tiró tan enérgicamente de las orejas del perro, que el pobre animal lanzó un gemido.

— Deje usted tranquilo á su perro, dijo Florencia, que no tiene la culpa de nada. Si á alguien

hubiera que tirar de las orejas no sería á él, sino á su amo.

— Á fe mía que tiene usted razón, dijo Letourneur, y le abandono mi cabeza. Estoy mal embarcado y de cualquier lado que me vuelva estoy cierto de zozobrar. No me queda más recurso que apelar á la generosidad de usted.

— Por ahí debiera haber empezado.

— Pues bien, me rindo, confieso mi falta y pido perdón. No sea usted implacable con un vencido...

— Tranquilícese usted. Nadie tiene respecto de usted intenciones malas, ni buenas. Se le deja en su rincón, puesto que tanto le gusta estar en él.

— ¡Ahora se vuelve usted enteramente feroz!

— ¡Nada de eso! Vuélvase usted á su casa. Probablemente le esperarán.

— ¿Á mí? ¿Quién?

— ¿No tiene usted en su finca alguna dependiente, alguna costurera ó criada que sea su querida?

— No, por cierto. Me gusta ser obedecido y no abdicar mi autoridad en las manos de nadie.

— ¿Ha almorzado usted?

— Iba á hacerlo cuando me ha dado usted la grata sorpresa de enviarme á buscar.

— Entonces, puesto que está usted aquí, almorzará con mi padre y conmigo. ¿Quiere usted?

— ¡ Con muchísimo gusto!

— Venga usted entonces...

Se levantó, salió de la estufa y se encaminó, á través de la huerta, hacia una verja que daba al parque de Orcimont. Bernardo la seguía un poco contrariado por la perspectiva de hacer amistad con Guepín, pero halagado por aquella imprevista situación. El joven se aburría con mucha frecuencia, cuando no le acompañaba algún amigo, y aquel encuentro repentino con la hermosa señora de Lefrançois no podía disgustarle. La mujer era seductora y aunque no parecía de fácil composición y usaba réplicas un tanto vivas, esto mismo daba sabor á la aventura. La presencia del antiguo carpintero era una garantía seria para la mujer del banquero, pero había en todo aquello un tinte de galantería que prometía para el porvenir mucho más de lo que por el pronto parecía ofrecer el presente.

— Papá, dijo Florencia al llegar al cuadro en que estaba Guepín rastrillando concienzudamente unos sembrados, te traigo un convidado. El señor Letourneur va á almorzar con nosotros.

— Que sea bien venido. Voy á mandar que pongan un cubierto.

El buen hombre entró en su sonriente pabellón tapizado de verde hiedra, y Bernardo le oyó dar órdenes culinarias á la criada.

— ¡ Y qué va á decir el señor Lefrançois cuando sepa que he sido su convidado?

— No tengo la menor intención de ocultárselo y él sentirá mucho no haber estado aquí para hacer á usted los honores.

Bernardo pensó : « Ó Lefrançois se ha vuelto estúpido desde que no le veo ó esta mujer es de una fuerza de primer orden. »

Presintió que iba á cometer una falta que podría tener graves consecuencias y se detuvo. Aún no había dado el primer paso y bastaba un pretexto cualquiera para no darlo y volverse á su casa. Tuvo la intención de forjar una mentira y aun á costa de lo que aquella mujer quisiera pensar, batirse en retirada. Sin embargo, tuvo vergüenza de hacerlo así, y al volverse la hermosa diciéndole con cara sonriente : « Pase usted, señor Letourneur », Bernardo respondió : « Estoy á sus órdenes ».